

PILAR PAZ PASAMAR
LA NUNCA POSEÍDA

ANTOLOGÍA

SELECCIÓN E INTRODUCCIÓN
MANUEL JOSÉ RAMOS ORTEGA

COSAS QUE NO SON PARA ESCRITAS

Acierta Manuel Ramos en el título elegido para esta selección de poemas de Pilar Paz Pasamar (Jerez de la Frontera, 1933), “La nunca poseída”. Es la definición última que ella propone para la poesía, a partir de un texto en el que busca un término con el que pueda identificarse a esa rara magia por la que las letras se hacen música:

Mis palabras de ahora son las mismas palabras
como siempre que espero, mi esperanza es la misma
de encerrarte en un canto total en donde quepan
todas aquellas cosas que no son para escritas.

No se escriben las emociones, aunque tendamos a atrapar su vestigio en el aire o en la memoria. Sin embargo, la palabra poética de esta escritora residente durante más de media vida en Cádiz, se aproxima a una rara metafísica, casi teresiana, la de quien busca al dios de lo cotidiano en lugar del ser distante y supremo. Ya en su día, reunió otras colecciones de versos como “La Alacena” (1986) o, veinte años más tarde, “El río que no cesa”, que daban cumplida cuenta de su interés por lo aparentemente minúsculo, utilitario o nimio pero en lo que pudiera alentar la grandeza del mundo. Ahí, entre esos cachivaches, debe andar su Dios, entre los cubiertos domésticos a los que ella se dirige con la misma complicidad que a los personajes humildes, casi juanramonianos, que pueblan algunas de sus mejores páginas. Su poética participa de ese existencialismo cristiano que marcó a parte de su generación a escala europea. Incluso quienes no participamos del don de la fe, apreciamos en todo ello un sorprendente relato, el de una mujer plenamente de su tiempo, a pesar de ser habitante del sur de España, un país fieramente encarcelado y aislado del mundo casi hasta el último tercio del siglo XX.

Primera edición: 2.000 ejemplares

Edita: JUNTA DE ANDALUCÍA. CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

© De la edición: JUNTA DE ANDALUCÍA.
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE

© De la selección y el prólogo: Manuel José Ramos Ortega

© Del texto: Pilar Paz Pasamar

Depósito Legal: SE 504-2015

Imprime: Tecnographic, S.L.

INTRODUCCIÓN

MANUEL JOSÉ RAMOS ORTEGA

Lejos de la poesía social de la posguerra civil, pero también de la estética del grupo “Cántico” o del postismo de su paisano y amigo Carlos Edmundo de Ory, Pilar Paz Pasamar desarrolló una estética personal, marcada tal vez por su distante proximidad para con el Nobel de Moguer. Quizá su singularidad le valiera en alguna etapa la condena a la invisibilidad, a no disfrutar del aplauso crítico que tendría que haber puesto en valor, mucho antes, su valentía y su sosiego.

Participó de forma activa en el grupo “Platero”, aunque tampoco se dejó seducir por la voz impresionante de algunos de sus compañeros de aventuras en aquel Cádiz de mediados los 50, muy especialmente Fernando Quiñones, pero también José Manuel Caballero Bonald. Con todos y cada uno de ellos mantuvo la coherencia del afecto, pero no hubo más coincidencia estética entre todos que la de las lecturas comunes y una vocación clara, la de transformar la lírica, partiendo de un absoluto respeto por la tradición.

A sus ochenta años largos, en Pilar Paz Pasamar se aprecia todavía su condición de niña poeta, la que no perdió nunca y que nos fue brindado paulatinamente títulos como *Mara* (1951), *Los buenos días* (1954), *Ablativo amor* (1956), *Del abreviado mar* (1957), *La soledad contigo* (1960), *Violencia inmóvil* (1967), *La torre de Babel y otros asuntos* (1982), *Textos lapidarios* (1990), *Philomena* (1994), *Sophía* (2003) o *Los niños interiores* (2008).

A lo largo del tiempo, Pilar Paz se ha atrevido a escribir cosas que no son para escritas. Aquellas intangibles, fugaces, estrellas del alma, los relámpagos que agitan la apacible vida doméstica, las preguntas que el silencio acalla y una clara determinación para que tampoco nadie posea nunca, ni siquiera ella misma, ese apasionante puñado de letras convertido en música.

LUCIANO ALONSO
Consejero de Educación, Cultura y Deporte
de la Junta de Andalucía

PILAR PAZ PASAMAR
La nunca poseída

Manuel José Ramos Ortega

Escribir un estudio introductorio a la poesía de Pilar Paz Pasamar (Jerez de la Frontera [Cádiz] 1933) plantea desde el comienzo algunas interrogantes sobre los temas a tratar que resumo brevemente: ¿Se puede caer de nuevo en los consabidos clichés y estereotipos que han ido acumulándose y recubriendo –en ocasiones con aspecto de “refritos”– su larga trayectoria poética de más de cincuenta años de dedicación poética? ¿Nos decidimos por resumir sus libros poéticos – once hasta el momento–? ¿O solo su obra de ficción en prosa –tres, contando relatos y ediciones antológicas–? ¿Nos acercamos a su obra ensayística?... ¿O por el contrario, o mejor como complemento de lo anterior, nos quedamos con la visión femenina y feminista de esta escritora andaluza, con vocación universal, que nació en el mismo año que Susan Sontag; dos antes de Françoise Sagan y ocho después de Carmen Martín Gaité? ¿Reivindicamos su papel como hija-madre-esposa? ¿Enumeramos sus muchos méritos como académica (Real Hispanoamericana de Cádiz; San Dionisio de Jerez; Buenas Letras de Sevilla...)?

Pues sencillamente, creo que todas estas facetas y alguna más de su rico y poliédrico curriculum completan y dibujan el perfil humano y literario de una mujer irrepitible. De tal manera que lo uno sin lo otro sería incomprensible. Pues su personalidad es un todo que abarca y reúne en armónica sintonía la encrucijada que ha marcado su destino como mujer y poeta no siempre fácil en los años en que felizmente ha visto la luz la mayor parte de su obra literaria. Irrepitible e inconfundible Pilar en la historia reciente de la poesía española contemporánea (sin adjetivos de género pero por supuesto sin prescindir de él).

La poesía de Pilar por su largo aliento y vital trayectoria abarca lo que podríamos denominar una época, pues excede al demasiado restringido y, en algún caso, selecto “club” de las generaciones literarias. A pesar de pertenecer ella misma al núcleo fundacional de una de las mejores publicaciones poéticas del medio siglo: la revista *Platero de Cádiz*. Cualquiera que se asome a la “baranda” poética de Pilar –por definirlo con un término preferido por ella misma en sus versos–, enseguida advertirá que su obra no se deja acotar apresuradamente por los consabidos esquemas estético-académicos que los críticos –casi siempre con la complicidad de los propios autores– hemos acuñado previamente. Y así, cual perro de Paulov ante el estímulo de la campana, reaccionaríamos a la vista del marbete de “generación del cincuenta” con adjetivaciones de esta clase o similar: “Poesía social”; De “Niños de la guerra”; De “la infancia recuperada”; “Poesía rehumanizada”; “Desarraigada”... etc. etc. Es verdad que todos esos registros los ha ido agavillando la palabra, la voz –¡Qué importante en su caso la voz!– y la escritura de Pilar Paz, aunque no han sido los únicos. Pongo por ejemplo tan solo una estrofa del poema “El desahuciado”, del libro *Los Buenos días* (1954), con el que quedó finalista del Adonáis en 1953, el mismo año que lo ganó Claudio Rodríguez con *Don de la ebriedad*:

“El desahuciado”

Aquel amigo que pasó de largo
Y que pudiera haber sido el amigo,
Y los brazos que entorno a su garganta
Fueron tan solo pájaros huidizos.

¿Podríamos despachar apresuradamente este poema con el calificativo de “poesía social”? Sin duda lo es. El título y el tema así lo aconsejarían,

pero el ajustado equilibrio entre el contenido, inequívocamente social de denuncia, y la estilizada forma del poema, el ritmo y en definitiva el material lingüístico-literario de tanta calidad y pureza exhibidos por la autora –no se olvide que solo contaba entonces con veinte primaveras–, deja en ridículo todas las circunstanciales y cronológicas analogías generacionales con la poesía social que se está escribiendo por aquellos años. ¿Es poesía social? Sí, pero no solo eso. Los ejemplos serían numerosos. Otra de las etiquetas con las que se la ha querido identificar con frecuencia y de camino intentar retraerla de las corrientes poéticas de mayor enjundia, es la denominada “poesía religiosa”. Se aducen algunos ejemplos, entre otros el poema “El reclinatorio” o el que comienza “¿Dónde voy yo, Dios mío...”, que llamó tempranamente la atención, desde Puerto Rico, de su maestro Juan Ramón Jiménez. Y no es que no sea verdad que la poesía de Pilar pueda ser considerada religiosa en momentos especialmente graves, delicados o de crisis de fe de la autora, como por ejemplo en estos versos de *Violencia inmóvil* (1967):

¿Qué te parece lo que estás haciendo?
¿Por qué me dejas? ¿Para qué consientes?
Dudo de ti, Señor, estoy dudando...
¿Es que es mi duda lo que Tú prefieres?

Aunque una vez más la mera denominación de poesía religiosa para definir esta variante temática cuando nos acercamos a la poética de nuestra autora, se quedaría corta porque su registro en este sentido admite muchos y elevados –por trascendentes– matices. Así, la poesía de Pilar indaga en el misterio que la teología académica ha calificado de inspiración revelada del Absoluto o éxtasis místico. Pero además su poesía mística –sin ambages– se adelanta a su tiempo con una concepción podríamos decir ecuménica, muy naturalista y universal, cósmica incluso, exenta en su caso de una ortodoxia dogmática

limitada solo a una confesión religiosa única y excluyente. Lo místico para nuestra autora no es tan solo un tema o un registro más de su iluminada poética, sino sobre todo un procedimiento, una herramienta para llegar al Conocimiento o al Misterio, a lo Arcano. Como se deja ver en este primer poema de *Violencia Inmóvil*:

Y todo aquel que despertó una noche
Creyendo en lo que había dudado mucho tiempo
Sabe que existe un lado intransitable
De donde surge el estremecimiento.

O estos otros versos del mismo libro:

Hay algo que nos pasa inadvertido
Algo que nos transita y que no vemos,
Borges lo llama “Aleph”, y los sencillos
Lo llamamos misterio

A este propósito me atengo a las explicaciones siempre atinadas de dos de las mejores estudiosas de la poesía de Pilar en estos últimos años: María del Carmen García Tejera y Ana Sofía Pérez-Bustamante. La segunda define la poesía de nuestra autora como una “energía transformadora” que, a juicio de la primera, “se configura a partir de experiencias vitales.”

Por nuestra parte, no dudo en calificarla como poesía “revelada.” Hay dos imágenes o metáforas en la poética de nuestra autora que simbolizan su actitud receptiva a la Revelación o Epifanía del encuentro fugaz, bien que indeleble, con lo trascendente que, a su vez, la impulsa al estado de gracia místico-poético. Estas dos imágenes son el ave (“Ave de mí, palabra fugitiva”) y el mar (*Del abreviado mar*). Símbolos poéticos ambos universales. Símbolos que modulan y vertebran la poesía de Pilar auspiciada por la necesidad, absolutamente imperiosa e irrenunciable,

de comunicación. Comunicación con esa “energía” primera de la que brota la palabra poética y, en no menor medida, comunicación con sus seres queridos y en definitiva con sus semejantes. De aquí parten muchos de sus poemas con estructura dialógica. Pues en la poesía de Pilar no faltan las voces, se trata de una poesía en buena medida coral. En sus poemas dialoga con su madre, sus hijos, su amado... Citaré, a manera de ejemplo, unos versos del poema “Unidad” de *Mara* (1951), su primer libro, en el que la autora establece un diálogo con su madre muerta:

Madre, tú eres ya, no tuya, sino mía.
Te has ido dando como la luna sobre el agua.
Toda tu claridad se ha reflejado
Inmensa sobre mi alma.

Y este diálogo se abre como un abanico o como la copa de un árbol frondoso, a lo largo y ancho de su obra y adopta la estructura dialéctica de parejas binarias y opuestas que recorren su poética. Vale decir que Pilar persigue la palabra poética (“la nunca poseída”) y este asedio a la palabra –y no olvidemos el significado que tiene en la mística la palabra como verbo encarnado– se arraiga y enseguida se vocaliza –se hace verbo– a través de este diálogo ininterrumpido y fértil con los otros. ¿Y cuáles son estas parejas opuestas o de contrarios que fecundan y colman de voces y matices su poesía? Enumero algunas para mí importantes con ejemplos concretos.

Infancia (como eternidad) / Paso del tiempo (elegía).

“Los niños y el mar”
Todos iban corriendo. Tamboriles
Ligeros, cada pie, sobre la arena
Aire, espuma, azahar, sobre las sienes

Y por contra esta otra de inconfundible tono elegíaco:

“De rima fácil y cita sabia”
¿Qué queda de la rosa
Cuando la flor se seca?
(El olor sumergido
En el agua la lleva...)

Maternidad / Frustración por el hijo perdido.

“Promesa de vida”
Ya estás, hijo, en mi sangre
Anclado y bien sujeto,
Fino temblor que enhebra
Todos mis pensamientos.

Mientras que al lado sufre el:

“Llanto por un hijo perdido”
Nadie cuidó de su blandura,
Nadie siguiéralo en acecho
Y en un instante de descuido
Me lo secaron malos vientos

Amor / Desamor.

“El corazón ordena”
No le consientas tanto, que acostumbras
Mal a mi corazón. Exige, hieres.
Niégale a mi pregunta lo que inquiere,
Si pide luz, manténla en las penumbras
Del amor.

Frente al:

“Abandono”

Pero tú no sabías que el amor es más grande
Que el dolor, que es más puro y más grande que el mar,
Y no te diste entero a mi honda ternura.

Y esto sobre todo porque la poesía (“la nunca poseída”) es comunicación aunque también suponga en muchos momentos soledad (La soledad contigo). Sin embargo este dolorido sentir abre otra puerta de entrada a la verdadera poesía, a “El nombre conseguido de los nombres”, como quería Juan Ramón Jiménez; a “La nunca poseída” o al “Ave, palabra fugitiva”, en el caso de nuestra autora:

“La poesía”

Acato el mutilado sonido que me tañes
Las imprevistas flores, tus fugas y visitas.
Déjame que te nombre como puedo nombrarte:
La Nunca Poseída.

“Palabra”

Huésped de mi sonido más profundo,
En el tiempo enroscada
Antes de alzar el vuelo
Pronunciado, en la voz,
Ave de mí, palabra fugitiva.

La poesía de Pilar Paz Pasamar se inserta así en una rica tradición. El poeta francés Paul Valéry decía que para que un poeta pueda ser escuchado universalmente debía cantar posado en las ramas del propio árbol genealógico. Que en el caso de Pilar son dos grandes troncos: el culto y

el popular. De este segundo, nuestra autora puede presumir de recibir la herencia de los grandes maestros que han abastecido ampliamente la estirpe lírica de la tradición andaluza a la que por derecho pertenece. Y esto es así desde las jarchas hasta el neopopularismo que impulsaron sobre todo los poetas andaluces de la generación del 27, entre los cuales destellan con luz propia Federico García Lorca y Rafael Alberti. Destaco los siguientes ejemplos:

“Adolescencia”

Que yo no te vea,
Que se cierren las puertas vecinas al cuarto,
Y que no me espere
Dormido en silencio, cubierto de luna
Sobre el pretil verde, tu vestido blanco
[.....]

¡Póntelo mañana! ¡Quítalo esta noche
De la verde baranda del patio!

“Cancioncita de la novia desmemoriada”

Tres fechas iban cosidas
A mi refajo.
La tuya se me cayó
Al dar una vuelta. Santo,
Santo Patrón de su nombre,
Santo, santo, santo.

Este registro poético de tradición popular admite, como en los poetas neopopularistas del 27, el intercalado intertextual de la canción anónima como también lo cultivaron los grandes poetas del Siglo de Oro.

“Del abreviado mar (I)”

Al mar pequeño se va
Cantando y no
Se vuelve más
Mar abreviado, mar mío,
Interno, dulce y amargo,
Donde la nave del sueño
Tuerce la espuma del cántico.

Dentro de este apartado, cabrían títulos como: “Canción de la niña cursi”. Con una especial dedicación a la recuperación del romance octosílabo o estrofa romanceada: “Los colores”, “Burla, burlando”, “Secreto”, “Cancioncita de Segovia en abril”, “Extremadura”. Y esta canción que recupera todo el aire popular albertiano de Marinero en tierra. Porque también Pilar acusó a su manera el exilio madrileño.

“Sur”:

En la punta está la flor;
Puertos azules y esteros
Incendiados por el sol!
Llebadme al lado del agua
Ya que no me llevo yo,
Que en la punta está la flor.

En cuanto a la otra tradición, la culta, se entronca con nuestros grandes poetas clásicos de los siglos de oro, como son fundamentalmente: Góngora, Lope de Vega y naturalmente Juan de la Cruz; y con la tradición culta de la poesía andaluza contemporánea que comienza en Bécquer, sigue con Juan Ramón Jiménez, los poetas del 27 y finalmente la “innovación” culturalista de la promoción andaluza de los años

sesenta. Me refiero a nombres concretos, incluso de su generación, especialmente de la llamada poesía andalusí: Fernando Quiñones, Ángel García López; Rafael Soto Vergés y Antonio Hernández. A esta última pertenecen sus *Textos lapidarios* (1990).

En definitiva, Pilar Paz Pasamar enriquece al patrimonio de la mejor tradición poética andaluza desde Góngora a Juan Ramón Jiménez. Su voz ha dado aliento a todo tipo de versos, rimas y estrofas –con especial atención al soneto–. Sus poemas dialogan con las tres culturas medievales (árabe, judía y cristiana), con Oriente y Occidente a través de la sabiduría y el conocimiento de los libros sagrados originarios: la *Biblia*, el *Evangelio*, el *Corán*. Su obra se mide y atreve a glosar poéticamente los *Libros* de Alfonso x el Sabio, las *Crónicas* de Al-Ándalus, los tratados de filosofía griega, la lírica latina... La poesía de Pilar es delicadamente tierna y sensual a veces, fuerte y rebelde en otras ocasiones. Nada de lo humano ni de lo divino le es ajeno y siente un ansia infinita de entregarse y de descubrir y traspasar el límite misterioso de “la otra ladera”. La poesía en su caso es dolor y gozo; esperanza y desencanto. Late en ella el pulso vital de la búsqueda inagotable de la Belleza a través de la palabra, de “la nunca poseída”.

M a r a

[1951]

¿DÓNDE voy yo, Dios mío,
con este peso tuyo entre los brazos?

¿Para qué has designado
mi pobre fuerza a tu cansancio inmenso?

Si quieres descansar, descansa en otros,
apoya tu palabra en otras bocas
que te dirán mejor. Yo quiero ir
a solas por el campo, sin motivos,
sin lazos y sin cosas. Vete ya,
no soy yo quien debiera sostenerte.
Tu peso duele mucho, y es muy grande
tu fatiga de Dios sobre mi cuerpo.

¿A dónde quieres ir sobre este vago
caminar de mis pies, que no se orientan?

Búscate un lecho blando
en el pecho del niño, o del poeta,
pero déjame a mí, muda y perdida,
sobre la tarde sola.

No huelles más mi hierba que humedece
un rocío continuo y desvelado.

Estoy empobrecida de lágrimas y gestos,
no tengo más calor que el de esta pena sorda,
y eres muy grande Tú para este frío,
y es muy pequeño el beso de mi boca.

¡Déjame ya, Señor! ¡Hay tanta espiga!
¡Hay tanta espiga enhiesta...!
No recorras
este arenal desierto de mi huida.
¡Déjame ya!... ¡Se está tan bien a solas!

UNIDAD

Madre, tú eres ya, no tuya, sino mía.
Te has ido dando como la luna sobre el agua.
Toda tu claridad se ha reflejado
inmensa sobre mi alma.

Madre, ya no eres tú, tu risa no es tu risa,
soy yo quien te sonrío, quien te mueve las manos,
quien te vive y respira por ti. Ya no eres tú,
madre mía, has fijado
tu claridad lo mismo
que la luna en el lago.

En mí tu imagen flota, reposa, duerme, gira,
en una completísima unidad que nivelan
tu carne con mi carne, tus ojos con mis ojos,
tu pena con mi pena.

Y tu fin –extinguirte sonriendo– es el mío.
¡Tu fin! Allá en lo alto te esperará una estrella.

Yo te sujetaré con mis manos, tan jóvenes,
más arriba del mar, más arriba del tiempo,
y nos daremos juntas, madre mía, tan juntas,
que Dios no pueda nunca distinguir si eres una
o somos dos, a una, las que nos hemos muerto.

ABANDONO

Pero tú no sabías que el amor es tan fuerte
por la mano de Dios, tú no sabías eso,
apenas enredado en los hilos del sueño.

Pero tú no sabías que el amor es más grande
que el dolor, que es más puro y más grande que el mar,
y no te diste entero a mi honda ternura.

Porque tú te creías que podías romper
el filo de la estrella, y ahondar con tu estatura
la bóveda del cielo, y palpar con tus manos
este fuego, esta ansia, y luego abandonarlos...

Pero te has ido ya y, sin embargo, tienes
-¿verdad?- aún en tus ojos lágrimas imprecisas,
y un peso entre tu pecho que te dice que vivo,
que me he quedado atrás, muda, aguardando el alba...

VIAJE

Hoy el viejo recuerdo me visita
en un poniente azul que a yodo sabe.
Por mi mar se desliza ya la nave
de la pasión, porque el recuerdo incita.

Voy cruzando mi anchura. Necesitan
mis ojos lo infinito de la tarde
para que tu figura, inmensa, encuadre
en este atardecer, en esta cita.

Internándome en mí, más pura fluye
tu palabra de ausencia y tu caricia
se desdobra más pura en mi desvelo.

Quiero llegar al fin, hasta la nube,
por los surcos del alma, sin sonrisa,
y mi pecho desnudo frente al cielo.

LOS NIÑOS Y EL MAR

Todos iban corriendo. Tamboriles
ligeros, cada pie, sobre la arena.

Aire, espuma, azahar, sobre las sienes,
caricias de la mar, carnes morenas.

Todos iban corriendo menos uno
que quería abrazarse a la marea.
Todos iban corriendo por el aire
casi, de tanto contemplar las velas
y las altas gaviotas –blanquecinos
presagios de la playa–.

El mar se queja
en su ruidoso abandonarse tanto,
en su ansiedad de renovar sin treguas.

Todos iban corriendo, menos uno...

La tarde ya ha soltado su melena
de sales y de vientos débilmente,
con el último sol, pálida y ciega.

Yo lo vi con los brazos extendidos,
pretendiendo abrazarse a la marea
en un juego infantil y desbordante...

Locos y palpitantes,
los otros van corriendo por la arena.

Los buenos días

[1954]

LAS COSAS OLVIDADAS

Desprendidas estáis de mi memoria
por las urgentes manos del olvido.
Puedo pensar, tan sólo, que habéis sido
paso de nube o ave transitoria.

Que cruzasteis un día por la historia
del corazón sabiéndolo dormido,
y fue tan leve el paso y sin sonido
que no os pudo aprehender. Por la ilusoria
madeja que es el tiempo, busco en vano
el hilo del regreso, mas la mano
que os enreda mantiene esta porfía.

Y aunque reclame vuestra carne ausente,
y aunque la invoque, sé que inútilmente
os pienso ya. La eternidad no es mía.

LAS COSAS ODIADAS

No es culpa mía. Hay un abismo abierto
aun antes de existir. En la memoria
de quien lo hizo esté el remordimiento.

Estoy desperdiciando con vosotras
una frecuente luz que bien pudiera
iluminar las manos generosas,
iluminar los trigos y las cepas,
encenderme en el llanto o la alegría.

¿Cómo es posible que no os lleve
junto a mi corazón como a otras tantas,
que involuntariamente en mí os destruya?

Más que dolor es miedo a contemplaros
desde mi pensamiento,
reconocer que es imposible
quereros acercar y, sobre todo,
saber que incluso el odio
es una forma de sentir la vida,
que estáis también alimentándome,
que vuestra muerte es una forma
de crecerme en mí misma,
que involuntariamente el corazón
os siente: ¡que sois más!

CANCIONCITA PARA LAS MANOS DE ANTONIA

Déjame que las tenga,
que las huela.
Tú tienes que tener a Dios en ellas.
Déjame que las vea.

Besarlas no. No queda
sitio para la pena,
para la vida sí, para la buena
luz, para el agua,
para la yerbabuena,
para lo que no quema.

Déjame que las mire y las retenga.

Antonia, ¿tanta vida no te pesa?
Cada instante te pueblas
como la enredadera.
¡Doce hijos y aún tienes
corazón de verbena,
ni se te cae del pecho
como fruta deshecha!

Déjame que las mire,
que las huela,
que las escuche... hay tanta
música por tus venas...

Tiene que estar en ellas.

RECOMIENDO SILENCIO

A las bocas que se abren como tumbas sorprendentes,
a las que duermen en el lodo y de pronto se destapan,
a las palabras que afila el viento como cuchillos para horadar
el pecho humilde, el ojo tierno, el ágil cuerpo de la esperanza.

A los que hablan desde la noche, a los impotentes del aire,
a los enfermos de palabra, a los borrachos de vinagre,
de espuma y bilis angustiada, de mala entraña perturbable.

A los que hieren con plumas suaves como diciendo adiós
cariñosamente, a los que gritan, a los que ladran, a los que hieden,
a los que en verso maldicen, dicen que no hay remedio y se retuercen,
a los que crecen como ortigas, como sierpes desencantadas,
a los que van de un lado a otro violando hasta la flor y el agua.
A los jinetes de la angustia, a los que roen un hueso pálido,
una corteza de ventura que ellos llaman clarividencia.

A los que están más convencidos de su pureza y no se humillan
ante los ojos de los perros, de los terneros y las aves.

A los que tienden la mano podrida, a los soberbios, a los geniales,
a todos esos y muchos más, recomiendo el mayor silencio.

Que no se oigan, que no se escuchen, que los demás están pensando,
llorando, riendo, creciendo tristes o alegres sobre
la vida: siendo.

EL DESAHUCIADO

No es nada triste, pero sí muy grave
saber a un hombre en víspera de olvido
mientras la vida sigue completándose
con nuevas ramas y con nuevos lirios.

Habría que darle todas las estrellas
que por urgencia descuidó o no quiso
mirar, y renovar sobre su alcoba
un firmamento cálido y preciso.
Es necesario que se aprenda el nombre
de las flores más raras, de los hijos
que pudieron ser suyos, y enumere
serenamente todos los caminos
que recorrió cuando sus piernas eran
juncos gemelos sobre el ancho río
de la infancia. Llevarle hasta las manos
las ramas del romero y del olivo,
y del naranjo, ausentes todos ellos
de su clara costumbre y de su cuidado.

Aquellas cosas que pidió y no tuvo,
aquellas otras que ignoró y no quiso,
aquellas que soñó en las siestas rojas
y en las crujientes sombras del estío.

Aquel amigo que pasó de largo
y que pudiera haber sido el amigo,
y los brazos que en torno a su garganta
fueron tan sólo pájaros huidizos.

Hay que dejarle, en fin, las manos llenas
de sueños cuando se quede dormido.

EL RECLINATORIO

¿Quién colocó mentira sobre el suelo
para las descansadas bienvenidas?
¿Para qué fe sin luz, ansias mullidas
arropan al dolor con terciopelo?

Quien cabalgue amargura, vaya a pelo
con las roncas espuelas doloridas,
fluyéndole la sangre por las bridas,
sobre las ancas de la bestia en celo.

De rodillas aquellos, los que ignoren
que pueden encontrarte en una rosa
o en la terrible soledad espesa.

Que es muy fácil, Señor, que aquí te lloren
con una bienvenida presurosa
y la sangre rotundamente ilesa.

Ablativo amor

[1956]

VII

Descubro aquí el engaño y me sonrojo,
de soledad ante el amante muero.
Quiero decir Amor sin poder, quiero
fingirte, Amor, cogerte y no te cojo.

Lanzo mi lazo tristemente, arrojó
mi soledad al aire del alero
donde un pájaro pudo compañero
llevar compás con otro pico rojo.

Te deseo a ti solo y seriamente
sin que te burles más desde otra boca
donde muestras tu gracia insobornable.

Tú que lo puedes todo, al fin consiente:
Date ya de una vez. Mírame. Tóca-
me con tu alado filo vulnerable.

XIII

Todo lo que se dice en la distancia
me llega al corazón cansado y frío
como a la desembocadura el río
y la memoria al mundo de la infancia.

Sin sal, sin olor ni la prestancia
con los que Amor se crece en poderío,
así perdió la letra el mucho brío
y el corazón sus fueros y sustancia.

Así te tengo; lejos y a deshora,
Amor, tan lejos como a Dios te tengo
sin saber en verdad tu pertenencia.

¿Dónde poner los ojos a esta hora?
No sé si te reclamo o si me vengo
invocando al olvido en esta ausencia.

XV

Sabes mi corazón como un camino
que hayas cruzado una y cien mil veces,
como el oficiador sabe sus preces.
Haces costumbre del Amor mi trino.

Te sabes de memoria mi destino,
y en su tierra te hundes o te creces,
cosa que no has ganado ni mereces
pero que quiero darte como un vino.

Sabes tanto que sabes que no puedo
llegarme a otra fuente que tu boca
y que no tengo libre la mirada.

Sabes que te prefiero y que concedo
todo lo que tu dulce mano invoca.
Que en ti está todo, y lo demás es nada.

Del abreviado mar

[1957]

DEL ABREVIADO MAR (I)

*A las arenas
del abreviado mar
llegueme un día.*

LUIS DE GÓNGORA

*Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.*

Mar abreviado, mar mío,
interno, dulce y amargo,
donde la nave del sueño
tuerce la espuma del cántico.

*Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.*

Hay en cada corazón
un pequeño y dulce mar.
El que navega en sus sueños
lleva su propio compás.
No hay brisa más limpia y nunca
sabe tan buena la sal
como en esta travesía
de la propia soledad.

*Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.*

A vela, casi volando,
las jarcias frente a los vientos,
mi corazón en la punta
del mástil de mi silencio.
Como peces asustados
se asoman mis pensamientos...
¡Ya están echadas las redes
y mis manos en acecho!
-A ver quién me va a impedir
pescar mis propios secretos-.

*Al mar pequeño se va
cantando y no
se vuelve más.*

Gotea un agua de verso.

ELEGÍA

Había una muchacha que aprendía canciones,
un pedazo de cal insobornable y fresca,
un destino de amor apresurado y libre
como el alucinante paso de las gacelas.

La maravilla tuvo su aposento en el trino;
pájaros se agrupaban absortos en su trenza.
A golpe de amor iba convirtiendo en azúcar
lo que su pie gozoso tocaba en las aceras.

Tenía una costumbre cantora por los dedos,
convertía en silencio el dolor de la espera,
sabía del compás azul de las gaviotas
y del itinerario rubio de las abejas.

-En el rincón de los sucesos madurados
hay un sitio sin nombre para la que no llega-.

Hay que cantarla. Hubo una muchacha alegre,
conocedora de delfines y mareas,
ebria como la espiga frente al golpe del viento,
blanda como la triste dulzura de las fieras.

Me dejó el aposento desalquilado. En otros
paisajes irá loca girando en las veletas,
detrás del armonioso polen, sobre las dalias,
voladora en los giros de luz de las luciérnagas.

Aquella, la muchacha, el ángel venturado,
se llamaba esperanza y era la adolescencia.
Tras su cristal, el mundo casi no era este mundo,
incorporado a una limpia zona de estrellas.

Aquello era ser sólo muchacha. Era ser libre,
hecha de carne huidiza como la primavera.

SENCILLEZ

Ahora tú, sencillez, préstame labios
para nombrar las cosas. Tú, la última
en ser considerada, y entre todas
la de olor más antiguo y el más dulce.
La adolescencia olvida tu hermosura,
la muerte y el olvido te discuten,
los hombres vuelven locos tus esquinas.
Como en un árbol viejo, se suspenden
entre tus ramas verdes los alados.
Todo aquel que a ti llega va de vuelta,
todo aquel que te busca va a su encuentro.
Restauras el olor envejecido
de la palabra, llegas al asombro;
das la mano a quien quiere desnudarse
frente a la luz más pura, desenvuelves
la pesada armadura de las voces,
le das al hombre paz, tiñes su sombra
con el color invulnerable y fijo.
Quien te sabe tomar sabe que lega
a ser, al fin, quien quiso ser. Tú sola,
como una madre vieja y poderosa,
enseñas que los nombres y las cosas
han nacido de ti, y a ti regresan,
cansados y sumisos, al regazo
de la primera, hermosa sencillez.

LA POESÍA

Por ti, te lo confieso, busqué en el Diccionario nuevas palabras para nombrarte enriquecida, extraños nombres de aves, de flores y de pájaros, nombres que al escribir tu nombre se me olvidan. Nada aprendí. Lo siento. Los libros no me aportan otra cosa que dulces golpes de agua escondida, como si una marea subiera por mi pecho y un bajamar total me dejase rendida.

Mis palabras de ahora son las mismas palabras como siempre que espero, mi esperanza es la misma de encerrarte en un canto total en donde quepan todas aquellas cosas que no son para escritas. Para decir tu nombre mejor, yo convocara todas las primaveras del mundo y las que existan cuando mi boca quede hundida para siempre en la tierra, y yo pueda cantarte desde arriba. Pero es así, y te cumplo de esta inútil manera, de este modo deforme con que tejo sin prisa el tapiz amoroso donde he de echar mi cuerpo cuando esté la tarea rebosada y cumplida. Acato el mutilado sonido que me tañes, las imprevistas flores, tus fugas y visitas. Déjame que te nombre como puedo nombrarte: la Nunca Poseída.

CANCIÓN DE LA NIÑA CURSI

La niña cursi se asoma al Corpus Christi. Despacio, con zapatos sin estrenar y un consejo pequeño en cada mano.

La niña cursi atraviesa las calles, de lado a lado, y una florecita blanca le tiembla en el pelo ralo. -Una florecita blanca de naranjo-. Alfileres se le clavan y ojos la siguen rondando. "Mira la niña, esta tarde se nos ha puesto de largo"... Sobre tacones se empina la tristeza de sus pasos, y en las orejas le brillan, quietos, los pendientes falsos. El Corpus tiñe de fiesta vértices y campanarios.

-Cursi-. La niña camina -cursi- a saltitos. Un lazo -cursi- se va deshaciendo sobre su culito gacho.

SECRETO

Mar amarilla y amarga,
yo bien me sé tu secreto:
atada estás para siempre,
de cara a los cuatro vientos.
Por ser tan grande, ya ves:
todo te viene pequeño.

Saca a subasta tus peces,
pon a tus tesoros precio,
vende el limo de tu fondo,
la espuma azul de tus pechos,
devuelve, mar amarilla,
la sal a los salineros,
escupe en la orilla antes
que lleguen a tu secreto...
Te miro desde la orilla
acurrucada, en acecho,
recitando de memoria
tu letanía y tu rezo...
Que no. Qué pena me das,
tan grande y tan sin contento...
Te pierdes lo que te pierdes
por avariciosa. Pero
-mar amarga y amarilla-
yo bien me sé tu secreto:
¡Qué darías por saber
lo que pasa tierra adentro!

La soledad, contigo

[1960]

PROMESA DE VIDA

Ya estás, hijo, en mi sangre
anclado y bien sujeto,
fino temblor que enhebra
todos mis pensamientos.
Ya estás en mi esperanza
proclamándote, haciéndote
la mínima estrella
de mis cielos internos.
Ya estás en mi certeza,
ya te tengo por dentro,
en las aguas más limpias,
en la arena del sueño,
en los ríos solemnes
de la sangre, en el beso
que me doy a mí misma.
Ya estás cautivo, preso,
quieto bajo la cumbre
nevada de mi pecho.
Solo la luz esperas;
yo nada espero, siento
colmadas estaciones,
citas, fechas, acuerdos.
Sé que he venido al mundo
tan solo para esto:
para hablarte en mí misma,
para saberme techo,
alimento, sustancia

de amor, redoma y cuenco,
para llevarte oculto
por todos mis secretos
mientras tú me descubres
e inauguras el tiempo.
Para hacerte del mismo
sabor con que me crezco,
para guardarte y darte
enramado de versos.
Hijo de mi esperanza,
hijo mío, hijo nuestro:
hijo, llave inaudita
para abrir el desierto
corazón de las tardes,
las cancelas del sueño.
Ya te tengo, ya estás:
puedo decir que empiezo.

CON ELLA EN LAS ORILLAS

Ya somos más para nombrarte,
mar nuestro, mar de cada día.
Mis pies acerco hasta tu espuma
y te presento a la hija mía.
Crecerá rubia junto al sitio
donde deliras y porfías,
tendrá tu luz sobre sus ojos,
paseará por tus orillas
y la tendrás por compañera
entre tus blandas compañías.
No temerá tus arrebatos,
sabrás de ti más que yo misma
y aprenderá a decirte madre
cuando comprenda tu fatiga.
Mar maternal, dulce mar nuestro,
abandonada y siempre viva.
Ya ves: yo vengo con mi fruto
a que lo beses y bendigas
y a reclamar de tu sonido
una constante letanía
con la que vele y adormezca
este pedazo de mi vida...
¡Como tú acunas en tus brazos
a la salada maravilla!

LA ALACENA

Cada mañana abro la puerta
de la alacena, y se derrama
la gran marea contenida
de sus efímeras fragancias.
Del rojo labio de las orzas
como del borde de una playa
hasta mí llega el oleaje
que el especiero me adelanta.
Como en convento de clausura,
todos esperan, todos callan,
y el ruiñón contemplativo
del tiempo trina y les delata.
Pongo mi mano en coberturas,
por mansedumbres alineadas;
palpo cebollas abadesas
que en tocas múltiples se inflaman,
ajos bufones y gibosos,
dulces almendras escudadas.
El azafrán –escandaloso
rubor ardiente de las aguas–,
acuarela que en los guisados
se empalidece y desbarata,
hilado ahora se suspende
como una vena solitaria
junto al fragante corazón
del laurel y de la albahaca.
Miro al altivo perejil,
la violenta remolacha,

la zanahoria rubia y verde
y la irascible nuez moscada.
Encapuchados, los pimientos,
frailucos tristes sin compañía,
buscan retiro entre las sombras
que los rincones les deparan.
La yerbabuena mece el tallo
soñadora y atormentada
y en la inocente especiería
la sal irrumpe adelantada,
nieve tenaz y entrometida
que en todas partes se derrama.
En un rincón, mecen su vientre,
gremiales, pobres, las patatas,
humildes, mansas y absolutas
en la pobreza de sus sayas.
Mundo, alacena, noviciado
del sabor. Vientre, nido, nada
y todo del mundo, del olor
con el que huelen las mañanas,
con que saben todas las cosas
escondidas y enamoradas.
Olor, servicio del olor,
oh, pequeña canción diaria
que contagia mis manos y hace
la tarea llena de gracia.
Especias, ramos, condimentos,
ingredientes de la esperanza.
He repetido vuestro nombre,
mi corazón también os canta.
¡Ay, si pudierais perfumarnos
las raíces de las palabras!

Violencia inmóvil

[1967]

SOLO ME QUEDA el corazón. Palabras
ya no me bastan. Sobra el pensamiento.
Solo me queda el corazón, más grande,
cada vez más amargo y más sediento.
Hablo con él, le digo: ten cuidado,
te has lastimado muchas veces. Pero
yo bien sé que me puede y que se crece
con cada asombro y cada desaliento.
He nacido con él y no hago nada
por emerger en otro clima. Pendo
como la luna más desamparada
en un vaivén de luces y de vientos.
Voy buscando señales en los ojos,
en las calles aparco mi desvelo,
me arrimo por las sombras de otras voces
y cuelgo mi pregunta en los aleros.
Cuando llega una tarde como estas,
una tarde sin prisa ni deseos,
una tarde de pena, una de tantas
tardes oscuras del aburrimiento,
puedo oírlo mejor. Late despacio,
tremendamente solitario. Puedo
sentir el corazón en cada vena,
está casi en la punta de los dedos.
Casi puede romperse de tan frágil,
de tan crecido casi escapa. Quepo
mejor yo en él que en mí cabe el latido...
¡Le viene grande el corazón al cuerpo!

COMPañERO pacífico, monarca de la espera.
Pasa tu mano ya por mis pestañas,
vuélvete a mí, vayamos de la lucha a los sueños,
tú que todo lo encalmas cuando llegas.

Llegas tú silencioso, como ciervo gigante.
Llegas, y se reposan las nubes y las charcas.
Apareces soberbio, como un golpe de espuma
y mi frente ensanchada recoge el universo.

Tú concretas la tarde y ahuyentas los ruidos,
compañero apacible, paz de mi noche oscura.
Tu paso ordena el mueble, la sábana se esponja,
purificas el humo, mi gran desinfectante,
no solo a mí me abrazas con tus brazos redondos,
no me besas tan solo, me apaciguas, me ciegas.
Tu madera es la puerta donde a la paz me arrojo.

-SEÑOR: ¿me echas en falta
cuando no estoy contigo?
¿Oyes como un crujido
de tallos cercenados?
¿Buscas entre los pliegues
del universo y notas
que no estoy, que me he ido?

Tal vez el mar no sienta
la ausencia de una gota,
de un alga, de unos gramos
de sal, de un pez... pero ella
no eres Tú... Di: ¿me sientes
cuando no estoy contigo?

La torre de Babel y otros asuntos

[1982]

APRENDIZAJE

Mis ojos aprendieron a mirarte,
soltaron sus escamas.

Mis brazos aprendieron a abrazarte:
soltaron sus amarras.

Mi miedo abandonó la casa un día
“estando ya la casa sosegada”.

Mi falsa paz quedó sin apellido,
tuviste que nombrarla.

Mi paso perdió el rumbo y me encontré
golpeando tu aldaba.

Me amenazaron vientos y ciclones...

¡Y yo, como si nada!

SOLEARES (JEREZ)

I

A mi padre

En la cancela del vino
–venía detrás de mí–
dejé caer los racimos.

Si la uva va al lagar
y si deja que la pisen,
¿de qué me voy a quejar?

Las viñas jerezanas
son las más verdes.
El vino es para todos
–la mar lo entiende–
que las mareas
organizan solitas
sus asambleas.

La calle de la Porvera...
Por-vera de la muralla.
¿Qué te creías que era?

La calle de la Porvera,
la calle del Guadalete

donde al mundo vine yo
trece sábado a las siete.
¡Cómo me huele
a azahares la calle
de Guadalete!

II

A Carlos

Caminito a solas, no.
Contigo voy al infierno
pero sin ti, ni al balcón.

Mientras te quedas dormido
yo voy contando una a una
las veces que no has venido.

Mujer que por abril llora,
o se pasó de la raya
o no le llegó su hora.

Lo mismo que en el querer:
solo me olvido de aquello
que no escribo en un papel.

La deuda ya está pagada...
¡Para qué quieres más deuda
que no deberte ya nada!

Al final, tú para mí...
¡Y tanto oyó el que me oyó
cuando dudaba de ti!

EN DEFENSA PROPIA

*(A una amiga que me reprocha
no dedicarme por entero a escribir versos)*

Tú creces, mientras yo me multiplico.
Tú hacia arriba, señera, alta, importante,
contemplativa, tan de mí distante
que a pequeños quehaceres me dedico.

Tú, de versos sublimes mil, y rico
tu mundo, yo los hijos por delante.
Tú luna en plenitud, y yo menguante
ala inclinada sobre mucho pico.

Ciprés engalanado y solitario,
llama inflamada en el fervor diario...
¡Nadie estorbe tu lámpara encendida!

Mientras, acompañada me disperso:

el hijo, el hombre, el hombro, el ala, el verso...
¡Mas no cambio tu vida por mi vida!

SERRANÍA

A los amigos del "Pobladito"

¡El Bosque entre montañas encendido
y en su cintura el puro Majaceite!
¡Sierra de Grazalema donde habita
el águila y la corza y cae la nieve
de tarde en tarde, sobre los pinzapos,
de tarde en tarde, para que la esperen!

Las casas son piñones esparcidos
por un golpe de viento alto y solemne...
¡Olvera, Setenil, Zahara, Ubrique,
Benamahoma, pueblo de las fuentes!

Como el rumor del río, así se han ido
los días, al compás de la corriente.

Se esconderán después en la memoria.
Tal vez ya no volvamos. No regrese
el afán de volver a estar ungidos
por esa luz que nos selló la frente.

¡Recóndita belleza, paraíso
del sur, río sonoro Majaceite!

A S. JUAN DE LA CRUZ

I

Salí tras ti clamando y eras ido.

S. JUAN

Saliste tras de Él y ya era ido.
Ya no estaba el amigo. Ya no estaba.
Ya no era. Tu mano rebuscaba
en las flores, culpando su descuido.

Ya no estaba en la rama, ni en el nido
y tu dolor cruzó la madrugada.
Celeste y somnoliento por la nada
ibas *desconsolado y con gemido*.

Ciega la noche y desasosegada
la casa ya sin lumbre, en par abierta
a la ventisca, al cierzo, al aire duro.

Saliste tras de Él y regresaste
y te tocaste el pecho y esperaste,
y estaba dentro, en tu dolor más puro.

Textos lapidarios
[1990]

PIEDRA CALIFAL

“No me olvido que eres una piedra y
no puedes causarme bien ni mal”.
(Palabras de Mahoma ante la Kaaba)

No es el río quien lleva la luz, es la tarde
quien ha tomado al río como un chal
sobre sus hombros húmedos.

Esta tarde ha tomado mi dolor y lo empina
hacia lo alto, y suelta, y lo deja caer
como cae en la tarde la oración descendida
del minarete.

No es mi voz la que llora, es el llanto que tiene
mi voz prestada, amor.

Te quise. Nos quisimos.

Y todo se quería, se adamaba,
todo tuvo razón y se acoplaba.

No era el mundo que fuese más justo, es que ajustábamos
las enormes clavijas del tiempo con querernos,
colocada en su sitio la cejilla que daba
tono al candor del universo. Éramos
quienes pusieron música y ritmo a la armonía
y el fuego en la almenara.

¡Qué imprescindibles manos
supieron recorrerme del sexo a la palabra,
como la piedra negra alzada por el ángel
darme la estancia, el privilegio
en lo creado y por crear!

Miro los levantados arcos de la Mezquita:
así éramos tú y yo, columnas superpuestas,
soldadas una en otra por levantar la bóveda
del mundo y que cupiese más luz dentro.

Así éramos nosotros y hacíamos que fuesen
los demás, de la mano de gráciles amantes,
formábamos el templo del latido.

Ahora tan solo veo piedras,
un bosque de altos arcos.
El mismo, acaso, pero sin sentido,
en una permanencia incomprensible
ya que tus manos no sostienen esas
concavidades, esas voladuras,
el ritmo curvilíneo de los besos.

No me olvido que fuimos solamente un amor
que ya no puede hacernos daño o goce
a pesar de que lloro largamente.

De la ribera vine a ningún sitio.
Se va la tarde con el río al hombro
y de la luz, de ti, apenas queda nada.

Philomena

[1994]

GÉNESIS

“La transparencia, Dios,
la transparencia...”

J. R. JIMÉNEZ

Anterior al inicio, es decir, desde siempre,
fue tu aleteo.
Aleteabas, girabas en graciosas posturas,
anterior al principio.
Intemporal, sin fecha,
desde siempre volabas.
Más que volar llevabas en tus alas el aire que orea el universo.
Cuando ya estuvo Todo y el Todo estaba en todo,
tú estabas y cabías,
y del Todo surgiste engendrada en la azul transparencia total.
¡Eterna y transparente revoloteabas, ibas
cantadora y exacta!
Y aunque no le faltara ni un acento a la música
que añadir, fue tu trino
quien sonó gratamente y aportó a la Armonía
de la Creación el verso.

SUMERGIDA ATLÁNTIDA

¡Dejemos de escarbar en pueblos sepultados,
las ruinas de la Atlántida sumergida, los odres
rescatados, los vientres de la tierra!

Todo lo engulle, todo se lo apropia
la cautiva materna, todo lo amalgama
o lo sacude como fiera, aventa
parásitos de un golpe.

Aquí su coletazo sepultó un paraíso,
su saliva marina paladeó el desastre
y ya nadie se atreve con el fondo del agua.

Irene, Santa Irene, Santorino,
pendemos en el aire por los cables metálicos
y, en la quilla, la barca nos regala su espuma.
Qué menos ni que más que respirar el gozo
del azul, reciclados a tierra, hermosamente vivos,
de cara a la belleza, ¡busquemos la postura
como la buganvilla sobre la cal del muro!

UN SOLO HOMBRE REZA EN LA MEZQUITA

Dedos restauradores están desempolvando
la carpa enmohecida, carenan los matices
de los vientres inscritos y chorrean los oros
como gotas de agua, y el azul aparece.
La están azuleando para los visitantes
y la espina dorsal del minarete tiembla
alzada entre chasquidos. Le extraen el azul,
deshojan la epidermis patinada por humos
de incensarios. La alfombra donde piso descalza
es un limo amasado por las plantas del hombre
y violada, la enorme se adereza,
y aparece en su tallo como una grave rosa
y un azul le acompaña con su brillo metálico
desafiante y terco como el hombre en su olvido.

Uno solo de cara a la Meca: un solo orante.
(Cualquier interferencia material, cualquier cosa
que se interponga o cruce delante de sus ojos
romperá los cristales de la contemplación.)

Por eso tan temibles esos ojos que miran
hacia detrás, donde estamos, necios interceptores,
esos ojos furtivos que nos expulsan fuera,
muy lejos del lugar de la criatura
que ha decidido perseguir a Dios.

Estambul 1991

Sophía

[2003]

FELICIDAD

Jamás con la conciencia,
siempre con los sentidos.
Te puedo oler, gustar, mirar, palpar,
pero nunca saberte.
En el preciso instante
de conseguirte, huyes
y retornas a ser mi perspectiva,
intento, objeto deseado, eres
incompatible con la pausa,
paréntesis de dicha, saboreo
del gozo detenido, tú, pretérita
o por llegar, felicidad ausente.
Inconsciente te vivo en un relámpago,
transverberas y rompes los tejidos
de la dicha, transeúnte...
(Quédate en mí, que ya no he de pensarte,
no voy a darme cuenta todavía
para que no desaparezcas.)

PALABRA

Libre y frágil y armónica,
liviana compañera,
paloma mía, vuela desvalida.
Asirte no, pero sí hacerte,
hacernos juntas
y el zureo sea un cántico
unísono, una nueva sinfonía,
un ritmo repetido,
entre la novedad y la rutina,
hacia adentro, anidada perdurable,
huésped de mi sonido más profundo,
en el tiempo enroscada
antes de alzar el vuelo
pronunciado, en la voz.
Ave de mí, palabra fugitiva.

KNOSSOS

Pisamos los caminos más antiguos de Europa
donde están sepultados los ovillos de Ariadna.

No muge el Minotauro y Teseo es un viento
fuerte que descortiza los árboles cretenses.

Tan solo el jaramago conserva en amarillos
fugaces aquel oro. Los oros solo existen
según sea la luz con que bese la tarde.

PARTHENON

La ciudad va tomando la floresta,
y a no ser que, un buen día,
el Moscóforo tímido con su ternero al hombro,
Poseidón en verde cobrizo, las Cariátides,
las Panateas, todos los Kuroi sonrientes
arcaicos y perfectos se unieran en defensa
de la Belleza, nada podrá tener remedio.

Esta carcoma humana sigue horadando el Monte.
¡Flashes frente a inefables rostros, torsos erguidos,
máquinas detestables para el recuerdo necio,
empujones, codazos...!

Las columnas altivas
no quieren saber nada frente al cielo.

MURO DEL LLANTO

Aparten sus cabezas del muro y pongan ellas
sus regazos, las madres palestinas,
el humo de sus bocas que arrojan lava y grito,
pongan sus labios en la piedra,
madres hebreas, madres
de Terra Sancta, todas
las madres de la Tierra.
Dominus flevit: lloren
los hombres que provocan
y causan este río.
Y crucemos, de vuelta, las puertas desoladas.

Los niños interiores

[2008]

FRACASO ESCOLAR

Mira, niña evaluada, en el panel del tiempo.
Tu nombre no figura o ha desaparecido.
No fuiste a clase nunca.
Anduviste perdida dilapidando el oro,
aprehendiendo cualquier tela de araña,
ajena al entramado, absorta con tu cirio.
Solo la luz entraba en tu mochila
y se te acurrucaba en las orejas.
La gente te gritaba
que alzaras las clavijas y sonaras más fuerte
porque no se te oía de tan cabizbajuna
y tanto andar sin orden ni concierto.
Tu nombre no figura en la lista de accesos
al porvenir. Tú nunca lo tuviste.
Ya te vas, y no estás ni siquiera empezada.a

EN Ti me muevo, existo y soy
intrauterino y placentario,
nado en tu líquido y me nutro,
vivo y circulo en Tu regazo.
Advierto un mundo tras Tu piel,
escucho el ruido de los pasos,
siento el contacto en la turgencia
y la caricia de Tu mano.
Acomodado a la postura,
resguardado y Tú guardando-
me, en Ti me muevo, existo y soy
en el nidal embrionario.
Me parirás, darás a luz,
llegaré a ser –y no sé cuándo–,
parte de Ti, de la luz misma,
de lo infinito y lo creado.
Seré, por fin, tu copartícipe
en la embriaguez de los espacios
no cara a cara o frente a frente
sino a Tu vez, incorporado
al ritmo unísono, y al mismo
latido aquel de Tu presagio,
presente ahora, presentado
e interminable tras Tu abrazo.

LA MIRADA DEL HIJO

(Bifurcación)

A Manuel Francisco Reina

Cuando así me miró en aquella edad
que todo para él era sorpresa,
puro descubrimiento, hallazgos de tesoros
prohibidos, cerraduras y cofres,
fragancias y fragmentos para él inservibles,
digo que cuando aquella vez me miró, la primera
de un desvelar insólito por triste,
o amargo, no lo sé precisamente,
algo quedó por siempre en mi memoria,
mirada de respeto que presagiaba adioses,
rupturas indelebles, caminos bifurcados.
Poco a poco su risa huiría de la mía,
falsa y postiza, adjunta, tan leve complemento
que podría pasarse sin ella fácilmente:
dos rectas paralelas sin un futuro encuentro.
Me miró en el soporte del ganador, el podio,
el laurel, la sonrisa, se sintió con la vida
que urgía desarraigo, voces que le llamaban.
Me miró desde lejos y ya sin retroceso,
debajo, en el peldaño del discurso imprevisto,
de la palabra que nunca pronunciaría.
Me sentí encanecida desde aquella mirada,
pero por ella supe la edad que poseía.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7	<i>VIOLENCIA INMÓVIL</i> [1967]	57
<i>MARA</i> [1951]	17	Solo me queda el corazón	59
¿Dónde voy yo Dios mío?	19	Compañero pacífico	60
Unidad	21	Señor:¿me echas en falta?	61
Abandono	22	<i>LA TORRE DE BABEL Y OTROS ASUNTOS</i> [1982]	63
Viaje	23	Aprendizaje	65
Los niños y el mar	24	Soleares (Jerez) I	66
<i>LOS BUENOS DÍAS</i> [1954]	25	Soleares II	67
Las cosas olvidadas	27	En defensa propia	68
Las cosas odiadas	28	Serranía	69
Cancioncita para las manos de Antonia	29	A S. Juan de la Cruz	70
Recomiendo silencio	30	<i>TEXTOS LAPIDARIOS</i> [1990]	71
El desahuciado	31	Piedra califal	73
El reclinatorio	32	<i>PHILOMENA</i> [1994]	75
<i>ABLATIVO AMOR</i> [1956]	33	Génesis	77
Descubro aquí el engaño y me sonrojo	35	Sumergida Atlántida	78
Todo lo que se dice en la distancia	36	Un solo hombre reza en la mezquita	79
Sabes mi corazón como un camino	37	<i>SOPHÍA</i> [2003].....	81
<i>DEL ABREVIADO MAR</i> [1957]	39	Felicidad.....	83
Del abreviado mar (I)	41	Palabra.....	84
Elegía	43	Knossos	85
Sencillez	45	Parthenón	86
La poesía	46	Muro de llanto	87
Canción de la niña cursi	47	<i>LOS NIÑOS INTERIORES</i> [2008].....	89
Secreto	48	Fracaso escolar	91
<i>LA SOLEDAD CONTIGO</i> [1960]	49	En ti me muevo, existo y soy	92
Promesa de vida	51	La mirada del hijo	93
Con ella en las orillas	53		
La alacena	54		

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de abril de 2015
con motivo de la celebración del
Día Internacional del Libro